

América en los libros

1762. La Habana inglesa. La toma de La Habana por los ingleses, Hugo O'Donnell y Duque de Estrada y Guillermo Calleja Leal, *Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1999, 262 pp.*

El presente volumen hace una exhaustiva e incitante incursión en una empresa de resonancias épicas, en cuyo centro terminan por converger los itinerarios de un grupo de personajes que parecen robados de una novela. Para situar su investigación en un contexto que la haga comprensible, los autores han abordado el popular episodio de la toma de La Habana con esmero narrativo y alcance histórico, probando con su archivo cada detalle, contrastando la imagen canónica, de naturaleza romántica, y los nuevos hallazgos, ya refinados por la moderna historiografía. En estos pocos datos están ya implícitos los méritos de la obra, y quien ame la prosa sobre temas marineros ha de disfrutar tanto con su lectura como el historiador. Más aún, mirándolo bien, se puede precisar que la arquitectura general del proyecto, tan rigurosa en lo académico, no excluye una intención novelesca convincente y eficaz.

Lo que O'Donnell y Calleja Leal quieren representar es el período que sigue a la firma del Tercer Pacto de Familia, cuando Inglaterra

declara la guerra a España (4 de enero de 1762) y el gobierno inglés proyecta un golpe que le interesaba desde la época de sir Francis Drake: ocupar La Habana con sus tropas. En su análisis los autores han advertido que el plan expedicionario, perfecto en apariencia, no resiste el primer plano; por el contrario, «era arriesgado e imperfecto, y por ello tuvo tan gran oposición entre los propios ingleses. La defensiva hispano-francesa contaba con varias bazas de gran importancia que, sin embargo, en unos casos no pudo y en otros no supo aprovechar en su favor, precisamente por sobrevalorar los proyectos del enemigo, incapaces de pensar que un plan británico pudiese pecar de tanta falta de lógica y previsión». Dicho esto, y al margen del error estratégico, es necesario no perder de vista el arribo de la formidable escuadra invasora, al mando del almirante sir George Pocock, pues en ella viajaba sir George Keppel, tercer conde de Albemarle y jefe del ejército de más de diez mil hombres que se proponía conquistar La Habana. Para concluir este cuadro, como centro de una mitología naval, sólo faltan el asedio de la fortaleza del Morro, y en último término, su trágica defensa, al mando del capitán de navío don Luis de Velasco.

La aventura no es arbitraria: los autores tocan aspectos sistemáticos y ritualizados, como la política internacional, el protocolo diplomático y la táctica militar, apuntando en ese diagrama las múltiples evoluciones de la travesía, el asedio, la conquista y la ocupación. Asimismo, indagan acerca del dominio británico de la plaza y estudian su recuperación española, en cumplimiento de la Paz de Versalles.

Como corresponde a una edición de estas características, el libro se presenta oportunamente ilustrado. Enriquecen la entrega un catálogo de fuentes y dos apéndices, documental y fotográfico.

Las novelas decadentistas de Enrique Gómez Carrillo, *Nellie Bauzá Echevarría*, Pliegos, Madrid, 1999, 190 pp.

A propósito del cronista guatemalteco decía Cansinos Asséns que todas sus virtudes de escritor son virtudes francesas, «desde ese aire adormecido y desdeñoso, que nos trae el testigo de alguien que se ha sumergido en los mares de ajeno de Verlaine y ha probado el sabor de los paraísos artificiales, ese aire que ya tiene un encanto antiguo en la nueva literatura francesa, robusta y fuerte, hasta su sintaxis, que consentiría en traducirle al francés

sin cambiar una vírgula». Autor al que no son ajenos el momento estremecido y la ceremonia púrpura, Gómez Carrillo liga las vicisitudes del decadentismo con un adverbio de contemporaneidad, y en ese gesto, animado por tan fecunda contradicción, proporciona una serie de crónicas llenas de fervor estético, donde se manifiestan con mayor claridad sus influencias literarias, definidas en el despertar común de Lorrain, Villiers de l'Isle Adan, Barrès, Huysmans y otros creadores de expresión fuliginosa. Por lo demás, fácil es reconocer ese talante en su biografía, rica en elementos impresionistas, tan agitada que puede reservar las mayores sorpresas, desde los amóríos de folletín a los viajes exóticos de tradición finisecular.

No escasean los estudiosos de la crónica sentimental a lo Gómez Carrillo, pero faltan análisis atentos de su obra novelística, una obra quizá menor, aunque también luminosa y, cómo no, felizmente sensual y mundana. Con seguro oficio académico, Nellie Bauzá estudia tres piezas del novelista —*Del amor, del dolor y del vicio* (1898), *Bohemia sentimental* (1899) y *Maravillas* (1899)—, examinando de paso las relaciones de esta trilogía *inmoral* con la novela modernista hispanoamericana, el discurso erótico finisecular y los elementos básicos de la iconografía *fin-de-siècle*. En su búsqueda de los temas recurrentes, el

volumen se ajusta con sencillez al propósito divulgativo y traza un plano esencial del mundo humano y literario que rodeó al novelista. Sin embargo, en cuanto a este panorama, es lícita una reserva, pues la autora propone un abigarrado mosaico de opiniones ajenas donde alterna citas imprescindibles –tales son los casos de Mario Praz y Hans Hinterhäuser– con otras peor elegidas, cuando no claramente superfluas e innecesarias para construir su atractivo proyecto.

Todo está hecho con espejos. Cuentos casi completos, Guillermo Cabrera Infante, *Alfaguara, Madrid, 1999*, 248 pp.

Desde *Así en la paz como en la guerra* (1960) hasta la presente colectánea de relatos, el cubano Cabrera Infante (Gibara, 1929) se halla dominado por su propia mitología, si se quiere revisada para que cuadre con el paisaje («La nostalgia es la memoria del alma», decía en *Mea Cuba*) y con el salto en el vacío que es el oficio de escribir. Como en todos los mitos, hay en éste invariantes que se superponen a la transformación, datos que iluminan una vida y otros que devanan ese ovillo de lino que Dédalo le dio a Ariadna (por algo nos avisa Cabrera de que la ordenación del

volumen es arbitraria y de ningún modo indica el orden en que deben ser leídos sus cuentos, privados ya de fecha y contexto).

Lo autológico se convierte en creación personal, y si todo está hecho con espejos (¿simetría o duplicado?), no está de más encontrar en estos cuentos el espejo de la vida habanera («Mis versiones –advierete– son pobres reflejos del relato oral que se ha llamado en Cuba *relajo real*»), y también el espejo partido y el deformante, el espejo como metáfora de apariencias superficiales y como residencia de almas o mundos alternativos, el espejo de la introspección y, felizmente, la imagen espejo del cinematógrafo.

Con su prosa de madrèporas y el humor cáustico que suele frecuentar, Cabrera experimenta con los recursos del idioma y recrea el coloquialismo cubano con necesaria garrulería. Habitado al género corto, el fabulador inspecciona el costumbrismo en primera persona del singular y propone un riquísimo y divertido anecdotario (el jardín trasero de cada casa). Hay en estos relatos arcángeles que se vuelven faunos, inspectores de supercherías, visitantes hundidos en el tópico y, sobre todo, cubanos gramaticales, de apasionada locuacidad, sometidos a la ciencia de inventar cómo vivir.

Bajo el mismo pabellón, se adjuntan en el repertorio cuentos como «Josefina, atiende a los señores» y

«La duración del tiempo», donde el habla local cobra protagonismo y sale al juego, intentando captar en las bocas ajenas la verdadera esencia de un tiempo y una geografía. Otras entregas corresponden a una faceta imprevisible de este mundo, caso del conocido «Delito por bailar el chachachá», en que la experimentación se delinea claramente para destilar su riqueza de matices y referencias literarias. Sigue la orla de bombillas eléctricas «Muerte de un autómeta», donde Cabrera prolonga con ingenio el truco revelado en «Maelzel's Chess-Player», de Poe. En otros relatos cabe reírse de las preguntas inquisitivas alrededor del estereotipo cubano (véase «Historia de un bastón y algunos reparos de Mrs Campbell»), y también disfrutar de leyendas repetidas por la feligresía cinéfila, como sucede en «El fantasma del Cine Essoldo», donde el escritor diagnostica su enfermedad predilecta.

Los nazis en Chile, Víctor Farías, Seix Barral, Barcelona, 2000, 586 pp.

En su obra ensayística el chileno Víctor Farías ha encarado asuntos enigmáticos y controversiales, entendiendo por ello que sus conclusiones han sido perturbadoras, y ciertamente muy discutidas. Para dar un veloz panorama de semejan-

te itinerario, baste citar su libro *Heidegger y él nazismo* (1987) y las dos monografías que dedicó a la literatura *proscrita* (sic) del joven Borges, *La metafísica del arrabal* (1992) y *Las actas secretas* (1994).

A través de varios niveles de análisis, Farías intenta en la presente entrega una historia de las relaciones germano-chilenas entre 1932 y 1945. Tan amplia y documentada presentación debe mucho a sus pesquisas en el Archivo Secreto del Estado de Prusia (GSTA, *Geheimes Staatsarchiv*), donde se reúnen todas las actas del Instituto Iberoamericano de Berlín (*Ibero-Amerikanisches Institut*, IAI) hasta 1944. El citado Instituto fue, bajo la guía del general Wilhelm Paupel, el arco disparador de la penetración nazi en América Latina. De ahí que sus tortuosas actividades ordenasen la influencia ultramarina del nacional-socialismo, influencia concretada a través de diversos canales, entre ellos el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich (AA, *Auswärtige Amt*), el partido nazi (*National-Sozialistische Deutsche Arbeiter Partei*, NSDAP), su sección encargada del extranjero (AO, *Ausland-sorganisation*) y, lógicamente, el grupo nazi chileno, NSDAP (AO) *Landesgruppe Chile*. Otras organizaciones del frente nazi, de orden periférico, fueron las escuelas alemanas (*Deutsche Schulen*) y la Iglesia Evangélica alemana. Para el historiador, una figura relevante en toda esta operación fue una diplo-

mática chileno-germana, Margarita Johow, agregada cultural durante siete años en la Embajada de Chile en Berlín, genuino enclave nacional-socialista en aquel período. Muy hábilmente Farías nos atrae a ese mundo siniestro, en que la barbarie imita el canon industrial. (Hay un episodio que lo caracteriza: el ciclo de experimentos raciales con niños chilenos, destinados a ratificar que Chile, «país bastardo», suponía un peligro genético para la pureza racial de la colonia alemana.) Urgido por su torrentoso archivo, el autor estudia la política exterior de Chile y los vínculos de sus instituciones diplomáticas con el Tercer Reich. Asimismo, rastrea el espionaje nazi en Chile y averigua los lazos que se establecieron entre las Fuerzas Armadas chilenas y el hitlerismo, dedicando un especial interés a la revista *Ejército-Marina-Aviación*, instrumento de propaganda al que no fue ajeno un joven suscriptor, Augusto Pinochet. Finalmente, para construir su epílogo, Farías acude a otro hecho que causó una reciente polémica periodística: la infructuosa solicitud hecha en 1972 por Simon Wiesenthal a Salvador Allende, con el propósito de lograr la extradición del criminal nazi Walter Rauff, refugiado en Chile desde 1961.

Hay en este voluminoso informe algo terrible que nos recuerda aquella intuición de Borges en 1939: «Es posible que una derrota alemana sea

la ruina de Alemania; es indiscutible que su victoria sería la ruina y el envilecimiento del orbe. No me refiero al imaginario peligro de una aventura colonial sudamericana; pienso en los imitadores autóctonos, en los *Übermenschen* caseros, que el inexorable azar nos depararía».

Vida perdida, Ernesto Cardenal, *Seix Barral*, Barcelona, 1999, 457 pp.

El deseo, ausente de recelos, y una religiosidad heterodoxa, azarosa, con cierto sentido purificador, parecen ser los resortes últimos de Ernesto Cardenal (Granada, 1925), poeta y político nicaragüense que, a mayor abundancia y trajín, reconstruye en estas páginas los vaivenes del amante clandestino, el reparto de naipes político y las posibilidades de ensoñación del místico, dejando su huella en la novela que hay dentro de todo esbozo memorialista. Contra la soberbia del dato exacto, en las secuencias de este proyecto se desliza la entropía implícita en todo recuerdo —la misma vida es entropía, negativa y efímera—, y una radical ambigüedad impregna cada registro. Formulada en estos términos, la memoria implica una descompensación, sobre todo si el relato va de la mitad de la vida a la infancia, ese espacio donde Cardenal ubica su Arcadia y sitúa el fin de

su recapitulación. En esta espiral, el autor evita la estatuaría y prefiere relatar los acontecimientos con un aire inocente, excitado, insatisfecho de la norma, ocasionalmente pueril, pero siempre respetuoso con la claridad formal: «Desprendidos de todo lo superfluo –sostiene–, nuestras vidas son como los cuartos de los hoteles».

Para resumir todo este currículo emotivo hay que mencionar primeramente el vuelo de Cardenal desde Nicaragua hasta Estados Unidos para ingresar en el monasterio trapense de Our Lady of Gethsemani, en Kentucky. Si no puede haber duda sobre la importancia de Thomas Merton para su retrato juvenil, es por otra parte esencial la presencia de los nombres más granados de la poesía nicaragüense. A destacar también los muchos enamoramientos, constituyendo un nuevo dilema: «Sería erróneo –escribe– pensar que yo fui un pecador como San Agustín. Más bien yo sentía envidia de San Agustín. Yo hubiera querido tener la vida intensa de pecado sexual que él tuvo antes de su conversión; y también deseaba tener como él mi conversión pero después. Después de haber pecado como él».

Al margen de su anecdotario en el noviciado y la universidad, Cardenal escribe a propósito de los Somoza, subrayando detalles crueles (las torturas al mismo tiempo que se

oyen las carcajadas de Tachito) y también reveladores (la caravana del dictador que paraliza el tráfico, cuando se dirige a la Casa Presidencial), y combinando esos detalles tomados de la realidad con reflexiones acerca del placer, la fe y el dolor, con toda su carga de incertidumbre y desorden.

Pompeu Gener y el modernismo, *Consuelo Triviño Anzola, Verbum, Madrid, 2000, 176 pp.*

Como a muchos otros cronistas, también a Gómez Carrillo le interesó la polémica de Pompeu Gener con Clarín, quien lo acusó de plagiar a Max Nordau en *Literaturas Malsanas* (1884), una obra desde la que Gener dirigía sus dardos contra simbolistas, decadentistas y demás naufragos del fin de siglo. Es más, en un pasaje de sus *Primeros estudios cosmopolitas* (1920) menciona el debate: «Una de las cosas que con más curiosidad deseaba yo saber era si, según el autor de *Degeneración*, mi sabio amigo Pompeyo Gener *resultaba* o no, en su libro de las *Literaturas Malsanas*, un crítico original. Desgraciadamente, Max Nordau no había leído aún la obra de su colega catalán.

–¡Gener! –me dijo– ¿Pompeyo Gener?... No le conozco...»

Ciertamente, ese afilado desconocimiento de Nordau indica la amplitud de su matiz, y además preludia el posterior olvido de Gener en el ámbito intelectual hispánico. Inspeccionando esta suerte gris y paradójica del personaje, Consuelo Triviño afronta ahora el reto de construir un ameno y a la vez profundo estudio de Pompeyo Gener en la cambiante pluralidad de sus máscaras.

Frente a toda interpretación unívoca, el drama se desarrolla a lo largo de discontinuidades y contradicciones. Apasionado lector de Nietzsche, Gener difunde sus ideas en España, pero su lectura del filósofo parece soslayar que éste era enemigo del positivismo. En un rastro impuro y mixto, el catalán, adversario declarado de la metafísica, también introduce a las ideas positivistas de Comte y de Littré, «no sólo como comentarista de novedades, sino como autor de *La muerte y el diablo*, que recibió todos los elogios de la crítica francesa de la época». Asimismo, manifiesta su afán por introducir en Cataluña los avances del momento e intenta contagiar a sus contemporáneos ese entusiasmo suyo ante el progreso. Pero estas pretensiones quedan deslucidas por el desdén con que se le recuerda, un desdén que, a juicio de Triviño, «se debe quizás a algunos de sus disparatados planteamientos, consecuencia sin duda de su imposibilidad de

superar el entusiasmo positivista para asimilar las propuestas más radicales, no sólo en la estética, sino también en el pensamiento». Así pues, no hay sutura en las escisiones de su obra ambivalente, anómala e irregular, rebelde a cualquier código que permita subrayar una exclusiva dirección analítica.

La autora, muy consciente de esa ambigüedad que manejamos, recorre los grandes capítulos de la polémica modernista desde el ámbito catalán, interpretando las aportaciones de Gener al modernismo local, español e hispanoamericano. Para no perderse en esta multiplicidad, Triviño ordena la vida y los pensamientos del escritor, desvela su aproximación a la filosofía de Nietzsche y valora su trato con amigos y maestros de variada procedencia. Una vez abordadas las líneas maestras del asunto, un anexo con el epistolario seleccionado de Pompeyo Gener completa esta excelente perspectiva del intelectual español.

América sintaxis, Adolfo Castañón, Aldus, México D.F., 2000, 544 pp.

Escritor de multiforme producción, Adolfo Castañón (Ciudad de México, 1952) ha trazado en sus ensayos pautas de análisis crítico a las que no es ajena la estimación

íntima de los autores a quienes ha tratado. Nuevas perspectivas de lectura, que oscilan entre la teoría literaria (lanzada a la varia y abundosa explicación de sus jeroglíficos), un ingrediente primario de vivo placer intelectual, y ese modo de interrogar a la textualidad que justifica su oficio editorial en el Fondo de Cultura Económica. En esta oportunidad, su táctica diagrama un deslizamiento por cavidades horadadas en el mismo muro que ya exploraron los cuatro anteriores volúmenes de la serie *Paseos*: cajones librescos donde Castañón reúne crónicas y apuntes, reseñas, críticas y artículos, siempre relacionados con las letras latinoamericanas contemporáneas.

Miscelánea donde la manera de enlazarse y ordenarse los apartados acaba diseñando un mapa, *América sintaxis* ilumina bien a las claras la fórmula que promete este título («Si Europa es gramática y Asia semántica, América es sintaxis, es decir: relación»). Teniendo en cuenta ese objetivo fundamental, esta colección de textos expresa aquello que, en palabras de Morin, sería la solidaridad de sistemas encabalgados, edificándose los unos a los otros, por los otros, con los otros, contra los otros. Un cruce de caminos para metáforas que, sin prejuicios, revela cierto grado de comunidad literaria: los principios estructurales del sistema latinoamericano o, por mejor decir, su particularidad cultu-

ral, donde se condensa todo un conjunto de relaciones entre muy diversos planos.

Desde la mitad del puente, Castañón reconoce que «la única y verdadera posibilidad americana sería la cristalización de las asociaciones, el descubrimiento de alianzas como un proceso formativo y no derivado». Más aún, en su doble contingencia, observación y organización aparecen ligadas en el programa: «Leer un poema es ya acceder a la biblioteca y frecuentar una obra es enraizarse en una geografía. Una parte de la naranja, ya lo decía Goethe, tiene el sabor de toda la naranja. Tal vez no sea inútil añadir que, además, todo escritor es productor y también producto de su escritura.

Pese a sus ambigüedades, fugas y variaciones, estos conceptos ofrecen una proyección optimista del espacio latinoamericano, un espacio literario que se desdobra desde las Antillas Francesas y Brasil hasta «aquella región de América Latina que confina con los Pirineos». Con esta formidable libertad de manobra, Adolfo Castañón repasa las letras de América sin olvidar la variada implantación social de los escritores y sus inquietudes intelectuales y éticas. Para una apreciación más personal de virtudes o defectos, glosa el incidente menudo, las afinidades naturales, los códigos, las figuras de cada discurso, invitando de paso a la lectura y la reflexión.

Revive, historia. Anatomía del castrismo, César Leante, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, 301 pp.

«La palabra destierro –escribía Leante en 1992– es mucho más bella que la palabra exilio. La primera tiene una connotación afectiva entrañable, en tanto que la segunda es fría y hasta hiriente. Y desterrados fueron los intelectuales cubanos del siglo pasado, exiliados lo somos los actuales (...) Sí, parece una condición o una maldición, pero inexorablemente la literatura cubana –quizás su cultura en total– ha tenido que forjarse en el destierro, en el exilio». Ese destierro que tiembla, se refracta y golpea la memoria compone un destino renovado en Cuba por el castrismo, esto es, por la asfixia de libertades, la opresión como forma de gobierno y el culto a la personalidad del dictador que César Leante, narrador y periodista (La Habana, 1926), ha denunciado en diversas oportunidades.

Ahora, con esta entrega, su autor repite experiencia y vuelve a descifrar su verdadera patria de desarraigado, los ídolos y los mitos de una edad en decadencia. Para ilustrar esta relación con el pasado y hablar de las raíces de su persona, el escritor se acomoda entre el repliegue autobiográfico, titulado *Revive, historia*, antes de formular el nudo

central de la obra: su *Anatomía del castrismo*, desde la entrada de Fidel en La Habana, en enero de 1959, hasta el éxodo por el puerto de Mariel en 1981.

De esta nostálgica radiografía cabe señalar que se relaciona con un volumen previo de Leante, *Fidel Castro: el fin de un mito* (1991), cuyo esclarecimiento del torbellino revolucionario también parte de «la más palmaria evidencia de la monstruosa deformación de los principios por los que se había hecho la revolución». La escena es conocida: tras la gloria de 1959, el clima de furor impide o refrena el ejercicio de una auténtica legalidad, anticipando el fin de la prensa independiente y otras perturbaciones, cada vez más severas, de la convivencia entre los isleños. Una especie de larga acotación cuyo verdadero interés reside en el carácter del testigo, pues quien convive con esa memoria fue redactor de *Revolución*, jefe de Servicios Especiales de la agencia de noticias Prensa Latina, agregado cultural de la Embajada de Cuba en Francia, secretario de relaciones exteriores de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y asesor literario del Ministerio de Cultura Cubano.

Guzmán Urrero Peña